

¿CAMBIO O MAS DE LO MISMO?

David Ibarra
18 de junio de 2003

En julio de 2000 escribí un artículo en este periódico señalando las tentaciones y riesgos gatopardistas que pudiesen ensombrecer y empobrecer la política de cambio del primer gobierno de la alternancia.

Gran voluntad se ha puesto en acomodar la economía y sus instituciones al mundo globalizado, poca en atenuar sus efectos desfavorables sobre el grueso de la población del país. El resultado ha sido el de acentuar el divorcio de las políticas públicas de las demandas de la población. Los pobres han crecido desproporcionadamente, ya suman alrededor de 53-54 millones, el sector informal sigue desplazando al trabajo amparado por las redes de seguridad social, persiste el ascenso de la precariedad e inseguridad de los empleos, que se traduce en erosión del mercado de trabajo y de la masa salarial.

Contrariamente a las promesas electorales de tursos y troyanos, desde hace dos años la economía ha caído en otro receso que ahora se atribuye al ciclo de negocios de los Estados Unidos, frente a lo cual, se afirma, no hay nada que hacer. En vez de tasas sostenidas del 7% o siquiera de la mitad, el producto se estanca y se deteriora el ingreso por habitante, como ha sido común en las dos últimas décadas.

Al calor de los comicios alguna virtud electorera pudo tener el estirar las promesas, mientras se dejaban en la penumbra las dificultades, los costos y los sacrificios asociados. El necesario realismo postelectoral nos evade, se siguen enhebrando promesas, atribuyendo a fuerzas fuera del control público y hasta del privado, los males del país. Si nadie es culpable, no hay crítica valedera, aunque se multipliquen los damnificados.

Aun así, buena parte de las dificultades son expresión de la pérdida de la capacidad nacional de progresar, de aliviar la condición de los perdidosos del cambio globalizante, de defender mejor los intereses nacionales. En este terreno, las acciones de cicatrización son casi nulas o se les encamina por vías inadecuadas, cuando no impopulares.

Ya es tiempo de entender que el comercio exterior y la inversión extranjera directa por sí mismos no determinan la mejor inserción posible al mundo sin fronteras, ni se traducen automáticamente en desarrollo. Se requiere del respaldo y complemento de políticas de Estado, a partir de la fijación de prelación nacional y de la voluntad de instrumentarlas.

México, a pesar de su vecindad con los Estados Unidos, del Tratado de Libre Comercio con América del Norte y de los enormes flujos de inversión extranjera directa de la década de los noventa, pierde terreno en integrar rápidamente al sector exportador al resto de la economía y en aprovechar otras muchas oportunidades. El acrecentamiento espectacular del comercio internacional, poco contribuye a la generación de empleos, a la adopción de tecnologías superiores o, en general, a la difusión de externalidades al conjunto del aparato productivo nacional. Y por eso también, la inversión extranjera en alto grado se encauza a la compra de las mejores empresas nacionales, en vez de diversificar la producción y amplificar la oferta de empleos. México está rezagado en actividades de alta tecnología, como lo muestran palmariamente retrocesos en los índices comparativos del Foro Económico Mundial en materia de competitividad o la concentración en operaciones simples de ensamblaje del grueso de las exportaciones manufactureras.

Por falta de políticas industriales ya declinan las maquiladoras, el turismo y otros segmentos medulares de nuestra fuerza exportadora. La pasividad en materia de política

económica crea incongruencias entre el manejo estabilizador de la macro y la defensa microeconómica de la empresa nacional, que derrotan a la estrategia de crecimiento hacia afuera, como lo han manifestado públicamente importantes líderes empresariales.

La incapacidad notoria de resolver el estrangulamiento externo --exceso de importaciones sobre lo que se vende-- no sólo conduce al endeudamiento o a la venta de empresas, sino a comprimir deliberadamente la tasa de crecimiento de la economía. Se ha caído en una especie de trampa de desarrollo menguante en que la expansión real del consumo, las oportunidades de inversión y el empleo, quedan seriamente constreñidos. Más todavía, será difícil salir de ahí, si el combate a la inflación se sigue encauzando por la puerta falsa de la sobrevaluación cambiaria y las altas tasas activas de interés.

Otra vía de transferir la responsabilidad de los magros resultados de la política económica es la de atribuir a los partidos políticos la renuencia a aceptar las llamadas reformas estructurales (energética, laboral y fiscal). Aun llevándose a cabo dichas reformas, contribuirían poco en destrabar el desarrollo nacional. Salvo la reforma fiscal -y eso si no está pivoteada simplemente en acrecentar la imposición indirecta sobre bienes de consumo popular--, el resto de las mismas influiría poco y mal en ensanchar el mercado nacional, en resolver la obstrucción de la balanza de pagos o en ampliar los márgenes estatales de acción, en tanto obstáculos fundamentales a la expansión del empleo. la producción y la defensa de las empresas mexicanas. Pese a mitos publicitarios, las reformas planteadas cuando más servirían de balón transitorio de oxígeno, a cambio de acentuar los rasgos antinacionales, antipopulares de las políticas en boga.

En contraste, se descuida y hasta se permite el desprestigio de instituciones medulares. Valga mencionar un caso. El déficit de ingresos sobre gastos del Instituto Mexicano del Seguro Social ascendió a 27 mil millones de pesos en 2001, proyectándose

que seguirá creciendo en los años subsecuentes. Vemos impasibles el deterioro de un organismo irremplazable, sobre todo cuando el porcentaje de trabajadores sin prestaciones de ninguna especie crece hasta llegar al 60% de la población activa.

El fracaso de los intentos de desarrollo de las últimas décadas, transfiere cargas abrumadoras al sistema político. Sin democratizar el manejo económico, los problemas insolutos se trasladan al dominio de la política en busca de salidas casi siempre inexistentes en un ámbito previamente acotado. De ahí muchos de los embrollos del Congreso de la Unión y el riesgo vivo de desprestigiar a la misma democracia y a los esfuerzos invertidos en la modernización política del país.